

mis contemporáneos, y habiendo despreciado impávido la necedad humana durante mi vida, puedo muy bien arrostrarla cuarenta años en la buesa. Acordaos de lo que os pronostico cuando haya cesado de existir, pues vos contais entre los pocos hombres de quienes deseo ser conocido. Para los estadistas y diplomáticos hay modos diversos de ser honrado; el mio no es el vuestro, ya lo veo; pero ya llegaréis á estimarme un día mas de lo que actualmente os figurais. Mis supuestos crímenes no pasan de quimeras de mentecatos. ¿Acaso necesita recurrir á crímenes un hombre hábil? Recurso es este únicamente de los idiotas ineptos, que no aciertan en navegar en el piélago político cuyo reflujo los anega. Confieso que he tenido flaquezas, y tal vez vicios segun aseguran ciertas personas, pero crímenes..... ni por asomo.

Despues de esta prediccion pasó á los negocios del día, y desplegó ante mi vista un cuadro político y social de la Europa, mostrando la situacion exterior de 1830 bajo un punto de vista tan claro, que no dejaba lugar á la sombra, y la luz parecia filtrar en los últimos escondrijos de las diversas potencias políticas y en los últimos repliegues del corazón humano.

Tal fué la leccion de diplomacia dada por un anciano ministro á un joven poeta, leccion que se prolongó hasta muy entrada la noche. — « ¿Qué pensais ahora, me dijo, de esa fama que tengo del hombre mas chistoso y epigramático de su siglo?

me dijo poco antes de despedirnos. En mi vida me acuerdo de haber proferido la menor agudeza; solo si despues de haber reflexionado maduramente he tenido mas de una ocasion de emitir fallos equitativos relativamente á las cosas y los hombres. » — Nada era efectivamente mas cierto, pues nunca brilló por el despejo y la sal ese hombre tan célebre por su ingeniosa chispa, cuya palabra lenta é intermitente poseia la grave monotonía de su voz, y parecia el pensamiento filtrado al través de sus labios. Al mismo tiempo su modo de hablar era muy literario, como convenia á un amigo de Mirabeau y á un cortesano de antiquísima cepa; y su conversacion me gustaba tanto como la lectura de una página de Pascal. A pesar de la diferencia de edad y opiniones, continuábamos en vernos asiduamente en Paris, y me acuerdo haber comido en su casa cuatro dias antes de su muerte, sin notar la menor alteracion en su sonrisa, ni el menor decaecimiento en su inteligencia y siendo diplomático hasta su última hora. Mucho sentiria el no haberlo conocido, pues no hay muchas cabezas que de tal modo descuellen sobre la turba grosera y la vanidad de un siglo. Talleyrand era el *Odi profanum vulgus* personificado, y el desprecio de la opinion cuando llega á tal altura deslumbra ilusivo, usurpando la forma de la virtud; pero hay una luz que procede del pensar y otra de la conciencia, y la verdad nos obliga á reconocer que Talleyrand solo poseia una de estas dos luces, y no la mejor.

XXXVII

El solo escritor que me recuerda el anciano diplomático, escritor por quien profeso un afecto que nada iguala sino mi estimacion profunda, es el gran poeta Béranger. El acaso, y no la concordancia de partido, me lo hizo encontrar por fortuna en los últimos años de la república. Prescindiré de todo exámen de sus obras, temeroso de ofender los ídolos de mi infancia ó de ultrajar los suyos. Todo encomio podría ser tachado de apostasía, y de rencor todo vituperio. Por otra parte he olvidado al poeta, y solo me acuerdo de un hombre cuyo talento poético y filosófico exceden á todo el númen.

Solo con M. de Talleyrand he podido saborear una embriaguez análoga á la producida por la conversacion de Béranger; conversacion que iguala en sensatez y sagacidad á la del ilustre diplomático, al paso que la supera por el placer de la inteligencia que comunica, pues el ingenio se halla purificado por la conciencia, y bajo la elegancia verbal se siente latir el corazon.

Mas de un lector se sorprenderá del aserto que voy á emitir, y sin embargo no hay verdad mas demostrada para mí: el gran poeta hubiera llegado á ser, si á tal mira hubiese dirigido sus conatos, el político mas consumado de nuestro siglo. Exactitud

de ideas, delicadeza de tacto, seguridad en el juicio, elevacion de ideas, grandeza de horizonte, dignidad en el fin, moralidad en los medios, sangre fria en el tumulto, amor del pueblo, desden de la popularidad, horror de la anarquía, aversion profunda por los demagogos, compasion por los utopistas, constancia y moderacion en el carácter, todo se hubiera reunido en Béranger para constituir un varon selecto, digno y capaz de desempeñar el noble papel de consejero íntimo de la libertad; sin mas defecto que su excesiva indiferencia por la accion, defecto opuesto al mio que devora la fiebre de realizacion inmediata. En el momento actual, muerto como estoy para el mundo, y espectador retirado en las últimas gradas del circo en que se representa el drama moderno, drama sin principio ni desenlace posible, cuando quiero refrescar mi ánimo con uno de esos castos y puros placeres intelectuales, delicias de esas sombras introducidas por el Dante en sus Campos Elíseos, que platican de las cosas de la tierra con los que aun habitan el mundo de los vivos, salgo solo á mediados del dia de mi laborioso retiro, tomo el camino de la extremidad de la capital y subo la escalera de madera que conduce al reducido albergue del filósofo, quien, despues de sabrosas pláticas, tiene la bondad de acompañarme á mi regreso como acostumbraba acompañar el autor de Pablo y Virginia al autor del Contrato Social en sus herborizaciones mas allá del arrabal de Menilmontant; y ambos caminamos confundidos é ignorados en ese

torrente humano que, aguijonado por la codicia, ambición ó placer, circula incesantemente desde la Bastilla hasta la Magdalena. Su sombrero de fieltro gris con anchas alas y calado hasta los ojos, sus largas canas que casi cubren sus mejillas, su fisonomía caduca, su sonrisa que tanta inteligencia y sinceridad encubre, lo dejan pasar desconocido y le permiten confabular libremente conmigo en ese desierto humano, en que es tan fácil aislarse como en los arenales de la Libia.

Nada iguala al deleite secreto que á mi sér inunda cuando pienso que dos hombres que tanto ruido metieron en el mundo, se escurren impunemente y al abrigo de todo oco y de toda mirada, al través la compacta muchedumbre que desconoce sus rostros y apenas sabe sus nombres. Sensación es ésta que determina estremecimientos interiores de aislamiento póstumo y filosófico deleite, y no acierta á comprender la fogosa juventud sedienta de popularidad. Cuando me hallo solo con Béranger en medio de Paris, siento en mí un placer análogo al que resulta de subir, durante el otoño, de colina en colina sobre la niebla que cubre el valle. Sentir la cabeza fuera de la niebla que envuelve á este miserable mundo, juzgar y compadecer á la tosea muchedumbre que se arrastra en la oscuridad de sus preocupaciones, oír de cuando en cuando el sabio y propicio *misereor super turbam* que da su corazón al mundo y solo lo acusa de ser mundo, tal es lo que he experimentado yo con Béranger; esto es, con

uno de esos hombres que aparecen cada siglo, cuyos piés se hallan en el fango, el corazón en el pueblo, pero cuya cabeza excede al nivel de la humana niebla.

Guárdeme Dios la compañía de hombre semejante.

XXXVIII

En los últimos años trascurridos, la literatura casi desterrada de los libros se refugió en las tribunas y periódicos. El pensamiento no era ya un placer sino un trabajo, y la sociedad en ebullición vomitaba todas sus llamas en un mismo foco. Desde Chateaubriand en el Conservador, hasta M. Thiers en el Constitucional; desde los ilustres escritores del Globo, hasta Carrel y Armando Marrast en el Nacional; desde M. Chambolle en el siglo, hasta M. Émile de Girardin en la Prensa, temeraria empresa sería nombrar á los escritores que escribieron en los periódicos, pues sería hacer el catálogo de todos los literatos actuales. Todo cuanto anidaba un pensamiento, una pasión ó un sueño luminoso manejaba una pluma; y no cabrá exceso en decir que la recopilación de todos los artículos de revistas y periódicos desde treinta años á esta parte, sería seguramente el libro mas curioso del siglo.

Por otra parte, nada hay que desmienta ó confunda de un modo mas triunfal los ánimos misantropicos, denigradores de nuestra época. Prescin-

diendo de toda vanidad de tiempo y de nacion, ¿qué parte de Europa ofrece, ó qué siglo de la antigüedad nos muestra tribunas comparables á la que hemos visto en tan corto espacio de tiempo y lugar? En época tan reducida á la vez y tan gloriosa, por mas que digan ciertos ánimos atrabiliarios, hemos visto brillar el acendrado civismo en la elocuencia de M. Lainé, la gran polémica en la de M. Serres, el patriotismo brillante en la del general Foy, los oráculos vaticinadores en la de M. Royer-Collard, el valor en la de Casimir Périer, la voluntad en la de M. Guizot, la explosion en la de M. Dupin, la universalidad en la de M. Barrot, la ciencia en la de M. Passy, la dialéctica en la de M. Dufaure, el talento en la de M. Jules Favre, la revolucion fermentante en la de Michel de Bourges, la cólera cívica ó la invectiva sagrada en la de M. de Montalambert, la poesía fulgorosa en la de Victor Hugo, la abundancia en la de M. Sauzet, la magnanimidad en la de M. de Tracy, la grandiosidad patética en la de M. Berryer, y en la de M. Thiers el prodigio... Sí, el prodigio, pues este último lo formó todo hasta el gesto, ó por mejor decir á fuerza de talento supo prescindir de gesto y de palabra. Durante horas enteras, que nunca parecian largas, hacia valer el pensamiento, la sensatez, á veces el sofisma, sin agotar sus propios recursos, ni el interés del auditorio. Sus golpes no eran hercúleos, pero tan numerosos y bien aplicados que pulverizaba los ministerios, las mayorías y el trono. Desprovisto de

la gran pantomima apasionada de Mirabeau, dividia su fuerza en fragmentos y parecia que, heredero de la clava nudosa del tribuno revolucionario, la habia convertido en flechas que asestaba á uno y otro lado de las asambleas, avasallándolo todo por la pujanza de su maestría. En una de sus flechas veíase escrito razon, en otras sarcasmo, pasion en ésta, gracia en aquella. Recias llovian como una granizada, y nadie podia escapar á sus puntas. Por mi parte, despues de haber combatido tenazmente al hombre político, confieso que me ha sido imposible escapar á la admiracion inspirada por el artista supremo.

No hablaré de los que conmigo combatieron en época tan fecunda, pues al nombrarlos pareciera que á mí mismo me designo, y el mismo silencio debe cubrirnos en la actualidad.

De estos hombres á que aludo, algunos han fallecido recientemente y sus cenizas aun no han llegado á enfriarse en nuestros cementerios; pero la mayor parte vive aun envejeciendo ó por mejor decir madurándose en ese trabajo literario que es la eterna juventud de la inteligencia, porque es su eterna reproduccion por el estudio. Allí estan impávidos y serenos mientras que un nuevo semillero se agita en la juventud, prometiendo á la Francia una generacion eterna de talento..... A vista de datos tan palpables, ¿quién se atreverá á hablar de la decadencia de nuestra nacion.

XXXIX

Pero bajemos algunos escalones mas, para certificarlos por un solo ejemplo, hasta que punto el fondo mismo de la Francia habia llegado á ser culto, suavizado y amenizado por esa literatura universal, aun en las clases menos letradas. Veamos si de la cabeza misma de la nacion, habia bajado á sus miembros inferiores un elemento superior á cuanto anidaban los pueblos antiguos.

Hace algunos dias que, al recorrer los textos esparcidos de la historia romana, leia en Lampride la descripcion del gran levantamiento operado por la soldadesca y pueblo romano, despues de la trágica muerte de Cómodo y la eleccion de Pertinax. El historiador parece haber recogido en un solo clamor los tumultos confusos, sordos y estridentes que brotaban de una muchedumbre clamorosa y enardecida, como el cabriteo estrepitoso y simultáneo de las olas, cada una de las cuales produce una explosion al chocar con la ribera, y cuyo conjunto forma un mugido fragoroso y descomunal. Este fragmento es la orquesta terrible de un motin, anotada en gritos de muerte por un historiador. Seguramente no hay dos escenas semejantes en la historia. La ferocidad brutal y sanguinaria del pueblo embrutecido por el Circo, se manifiesta en toda su plenitud y campea audaz en su inmundo albañal.

« ¡Fuera el enemigo de la patria!..... ¡Qué se
« le quiten las señales de dignidad!..... ¡Muera
« el parricida!..... ¡Muera el gladiador!..... ¡Qué
« vaya á podrir á muladar!..... ¡Sea despedazado
« el enemigo de los dioses!..... ¡A la cloaca, á la
« cloaca!.... ¡Qué su cuerpo sea desgarrado por los
« garfios!..... ¡Muera ese pícaro!..... ¡Arrastre-
« mos por las calles á ese infame que meditó nues-
« tra muerte!

« ¡Tú que á nuestros peligros te asociastes, oh
« Jupiter omnipotente, dignate conservarnos á
« Pertinax!..... ¡Vivan los pretorianos!..... ¡Vivan
« los soldados!..... Pertinax, te lo pedimos por
« favor, haz que sea arrastrado el cadáver del
« parricida y sumido en inmundas cloacas!.....
« ¡Qué los delatores sirvan de pasto á los leones!.....
« ¡A las fieras el parricida!..... ¡Viva el pueblo
« romano!..... ¡Muera el infame, muera el gladia-
« dor!..... ¡Caigan sus estátuas, y no quede un
« solo fragmento!..... ¡César manda que obren
« los garfios!..... ¡César, manda que sea arrastrado
« por el lodo ese miserable que cosió á puñaladas
« á tantos nobles ciudadanos!..... ¡Muera ese ente
« vil que no perdonó á edad, ni sexo, ni parientes,
« ni amigos!..... ¡Muera el inicuo que despojó á
« los templos y violó los testamentos!... ¡Pertinax,
« déjanos hacer añicos á ese asesino que tasó nues-
« tras cabezas!..... ¡Qué sean ignominiosamente
« expelidos del senado sus espías!..... ¡A las fieras
« los delatores!..... ¡César, acuérdate del peligro

« que por tí pasamos, y manda cuanto antes que
 « perezca el parricida del modo mas afrentoso!.....
 « ¡ Aun yacen insepultos los cuerpos de los ino-
 « centes!..... ¡ Que cubra el lodo el cadáver del
 « sacrilego que violó los sepulcros y desenterró á
 « los difuntos!..... ¡ Al muladar los restos del par-
 « ricida!..... »

XL

Escuchemos ahora al pueblo francés en medio de la más trágica asonada que llegó á hacinar, en la plaza pública, á una muchedumbre jadeante y voicinglera, ébria del olor de la sangre y del ronco rugir de los cañones.

Era al anoecer del segundo día del levantamiento de junio de 1848. Un puñado de anarquistas, cuyos cascos habian alborotado la lectura de algunos periódicos incendiarios por la mañana, y por la tarde los clamores de un club comunista en los arrabales de la capital, habia construido mas de una barricada y sitiado á Paris sorprendido en su sueño. Digo que era un puñado, por mas que haya quien opine lo contrario, y no me cansaré de repetirlo; pues del millon y medio de ciudadanos que pueblan la capital y cercanías, estoy convencido de que apenas llegaban á mil y quinientos los fusiles fraticidas que, desde lo alto de los techos y detras de las

barricadas, hacian fuego sobre sus conciudadanos. Lo demas del pueblo flotaba atónito, mirando, llorando y estremeciéndose como una masa de agua oscilando entre dos corrientes.

A la sazón regresaba yo del ataque de las descomunales barricadas erigidas en el arrabal del Templo, ocupadas á mano armada por la Guardia móvil y las tropas de artillería. Me acuerdo de que me acompañaba el animoso Duclere, ministro de hacienda, tan esforzado en la pelea como sagaz en el gabinete; un jóven guardia nacional á caballo llamado Lachaud, que se habia consagrado á mi defensa sin conocerme; y Pedro Bonaparte, hijo de Luciano, con el cual me hallaba ligado por vínculos de parentesco, intrépido mozo, cuyo caballo procedente de mis caballerizas, acababa de abatirse bajo su persona mortalmente herido.

Justamente inquieto de lo que podia tronar durante la noche y al día siguiente, al no ver en el terreno á las tropas que, en virtud de nuestras órdenes, se habian acercado á Paris habia dos meses con el objeto de atajar un tumulto sedicioso previsto de antemano, determiné, á pesar de lo inminente del peligro, averiguar por mí mismo el número y disposiciones del innumerable pueblo de artesanos y jornaleros que se agitaba desde el arrabal del Templo hasta la Bastilla. En consecuencia, atravesé la fila de soldados que contenia á la muchedumbre en este parage, y me avancé solo con tres hombres determinados en medio de la calzada. Atonita en presen-